

RECUERDOS DE AMADO NERVO

(Con motivo del XXIV y reciente aniversario de su muerte)

El 7 de enero de 1915 fui por primera vez a Europa, desembarcando en Liverpool. Llevaba la plenipotencia del Primer Jefe Carranza para reorganizar, bajo el nuevo régimen revolucionario, las legaciones y consulados del Viejo Mundo. La gran guerra me permitió visitar solamente Inglaterra, Francia Italia y España.

Después de tomar posesión de las legaciones de Londres, París y Roma, pasé a España, el único Estado donde teníamos ya establecida una agencia confidencial, a cargo del ilustre periodista Juan Sánchez Azcona.

Uno de mis primeros actos al llegar a Madrid, fue el de visitar en su casa de la calle de Bailén a nuestro egregio poeta Amado Nervo, que con Luis G. Urbina compartía el procerato de la lírica mexicana de aquel entonces.

Amado estaba enfermo, viejos alifafes le tenían agobiado y tristón. Diríase que comenzara a sufrir cansera de la vida que muy pronto perdería en Montevideo, apoteóticamente.

—Aquí me tiene usted, compañero Fabela, como Felipe II, “con la pata tendida”; la gota me agobia y otras dolencias y amargas nostalgias no dejan en paz a mi espíritu...

Yo sabía muy bien de sus males del alma. Estaba cesante en su puesto de primer secretario de nuestra legación en España. Un decreto de Carranza había dejado fuera de la carrera a los diplomáticos que habían servido al tirano Huerta. Y como a mí, por mi mal, como encargado de la Secretaría de Relaciones del Gobierno revolucionario, me tocara ejecutar tal decreto, iba en realidad a hacer a Nervo una visita de desagravio y amistad.

—Usted volverá al servicio muy pronto Amado; precisamente vengo a suplicarle me diga cuáles son sus deseos.

. —No quisiera sino una cosa compañero: no estar a las órdenes de Francisco A. de Icaza. Iré donde ustedes me manden con mucho gusto; pero se lo suplico encarecidamente, no como subordinado de este señor.

—Pierda cuidado, compañero, yo procuraré que usted quede ampliamente complacido.

Era cosa bien conocida en Madrid que el ilustre cervantista, el docto don Francisco A. de Icaza, el castizo poeta, certero y documentado crítico; y su primer secretario, Nervo, por quisicosas del servicio, y, más que nada, por el trato quizá demasiado desenfadado de don Francisco para el autor de la "Amada Inmóvil", habían llevado a su ánima supersensible una incontinida reacción de franco despego para la persona del que fuera su jefe y amigo, Icaza, uno de los más prestigiados diplomáticos que habían honrado y siguieron honrando a México en el extranjero.

Muy pronto la vida me otorgó la grata ocasión no sólo de complacer, sino sobrepasar los anhelos del inmortal Nervo a quien tanto admiré desde mis años mozos.

* * *

En el verano de 1916, estando en La Baulle, delicioso balneario bretón, donde las aguas besaban los pies de un luengo pinar añoso, recibí órdenes telegráficas de trasladarme a Buenos Aires como ministro plural en la Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.

Abandoné París, como siempre lo he dejado, con turbiedad en los ojos y saudades incisivas en mi corazón tan apegado siempre al sabio, fino y penetrante espíritu de Francia.

Cumpliendo el encargo que tuviera de reanudar nuestras relaciones interrumpidas por causa de la Revolución y después de pasar más de un año en la capital porteña dando conferencias y escribiendo en *La Nación*, el óptimo cotidiano de habla castellana en el mundo, recibí instrucciones superiores, de regresar a México "en el primer barco". Y cumplí las órdenes.

De regreso a la patria, don Venustiano Carranza me explicó sus deseos.

—Quiero tener una persona de mi confianza en Europa, du-

rante la guerra. Debe usted partir mañana mismo en nuestro cañonero "Guerrero" que está listo para zarpar a Cuba. Los barcos de las Transatlánticas Francesa y Española y los de la Ward Line, no llegan ya a Veracruz. Los americanos no les dan carbón para venir a nuestras costas. Estamos aislados del mundo; y como un grupo de españoles me ha pedido que nuestro barco los lleve a la Habana y quiero complacerlos; me parece oportuno que usted también se marche mañana mismo en aquel cañonero.

* * *

Después de darme sus instrucciones para desempeñar mi comisión, el Primer Jefe me dijo:

—¿A quién me recomienda licenciado para que vaya en su lugar como ministro a la República Argentina?

Con ardor en la frase y acelerada premura le contesté: —A Amado Nervo, señor.

—Muy bien —me contestó—. Nervo será nombrado. Diga usted al general Aguilar (entonces nuestro secretario de Relaciones), que lo llame, porque deseo tener el gusto de tratarlo personalmente.

Y agregó: —¿Cree usted que el poeta será bien recibido en Buenos Aires?

—Como ningún mexicano. A Amado Nervo se le quiere y admira allá, extraordinariamente, porque se le conoce a fondo.

Y así era en efecto. Nuestro gran lírico era colaborador semanal de *La Nación*. Sus artículos se leían con avidez y deleite. La aparición de sus nuevos libros constituían, infaliblemente, éxitos de crítica y librería. Sus versos se recitaban en los salones, en las escuelas, en los teatros, quizá con demasiada prodigalidad porque era el poeta del día, el más admirado, el más amado.

La intelectualidad de ese culto país quería a sus bardos Leopoldo Lugones y Almafuerte como se quiere lo propio, pero yo tuve entonces la sensación de que a Nervo se le admiraba aún más que a ellos y más también que a los óptimos vates peninsulares.

* * *

Cuando a raíz de su nombramiento, Amado Nervo supo de mi oportuna intervención cerca del señor Carranza en favor de su

persona, me hizo un regalo principesco; los tres tomos de la primera edición de las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, los mismos libros donde había estudiado su *Juana de Asbaje*, subrayados de su propia mano.

Cuando respecto a Nervo hice lo que hice en honra y prez de nuestro país, no sospeché que mi deber de mexicano habría merecido la retribución de una tan opulenta riqueza espiritual. Porque los tres tomos de Sor Juana con dedicatoria de Amado Nervo son el tesoro más valioso ypreciado de mi biblioteca.

(*Excélsior*, junio 15 de 1953).